

Sarmiento y el Museo de La Plata: arte, técnica y ciudadanía en la representación de la evolución en la Argentina del giro del siglo XIX al XX*

Sarmiento and La Plata Museum: Art, Technic and Citizenship in the Representation of Evolution in Argentina at the Turn of the 19th to 20th century

Gustavo Vallejo

CONICET, Argentina / 1208gvallejo@gmail.com
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4730-2455>

El trabajo analiza el papel jugado por la ciencia y las representaciones culturales en la construcción de la ciudadanía moderna en la Argentina a fines del siglo XIX, focalizándose en las reinterpretaciones racialistas del evolucionismo formuladas por Domingo F. Sarmiento y su relación con el surgimiento del Museo de La Plata. Asimismo, explora la importancia de las imágenes en la tematización de un pasado prehistórico contrapuesto a un presente civilizado.

PALABRAS CLAVE: Historia de la Ciencia; Argentina; pueblos originarios; Sarmiento; Museo de La Plata.

The paper analyzes the role played by science and cultural representations in the construction of modern citizenship in Argentina at the end of the XIX century, focusing on racialist reinterpretations of evolutionism made by Domingo F. Sarmiento and their relationship with the emergence of the La Plata Museum. It also explores the importance of the images in the thematization of a prehistoric past in contrast to a civilized present.

KEYWORDS: History of Science; Argentina; Native Peoples; Sarmiento; La Plata Museum.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Vallejo, Gustavo, «Sarmiento y el Museo de La Plata: arte, técnica y ciudadanía en la representación de la evolución en la Argentina del giro del siglo XIX al XX», *Anuario de Estudios Americanos*, 80, 2, Sevilla, 2023, 511-542. <https://doi.org/10.3989/aeamer.2023.2.05>.

* Este artículo es resultado de los proyectos *Ciencia, racismo y colonialismo visual (Visualrace)*, ref. PID2020-112730GB-I00, financiado por MCIN/AEI/ 10.13039/501100011033 y PIP-CONICET 112-202001-00407CO del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

Sarmiento, la «ciudad nueva» y el Museo

A fines del siglo XIX el positivismo dejó su impronta en vastos campos del conocimiento. Por su influencia, junto a una sostenida búsqueda de leyes universales se afianzó la certeza de que la ciencia debía obedecer a un único método que tenía a las ciencias naturales como paradigma ejemplar para ser prolongado a otras formas del saber, algo que favoreció también el uso recurrente de metáforas. Las evidencias de lo estrictamente cuantificable no tuvieron, entonces, grandes dificultades para integrarse también a imaginarios dirigidos a reforzar una precisa forma de hegemonía inmersa dentro de lo que era un nuevo Estado-nación moderno. Ese modo de operar produjo así una entronización del valor de la ciencia y de las representaciones, en una dualidad planteada entre aquello que era incuestionablemente potestad de unos pocos individuos que se sabían portadores del conocimiento y la propagación de imágenes capaces de generar en la población el sentimiento de pertenencia a una entidad común.

En la Argentina decimonónica, los instrumentos y las ideas positivistas que le servían de soporte, entre la exaltación del saber y la idealizada prolongación de sus alcances, adquirieron una crucial importancia al ser provocado el exterminio indígena y la naturalización de sus resultados, en coincidencia con la definición de los límites territoriales que podían verse plasmados en un mapa moderno.

En efecto, a partir de 1879 comenzó la conquista de un territorio al que, como una profecía autorrealizada, se llamó «desierto», para pasar a implicar con esa noción el genocidio de miles de indígenas, el sometimiento a servidumbre de muchos más y la disponibilidad de vastos territorios para la explotación agropecuaria demandada por la integración de la Argentina a la economía-mundo como productor de materia prima.

Concretada la acción militar se desplegaron nuevos recursos dirigidos a modelar la ciudadanía moderna del Estado-nación en ciernes, según las cuales el indígena debía ser objeto de una mirada bifronte: era parte de un pasado ya cerrado, pero también de un presente abierto que requería alertar acerca de sus posibles pervivencias, habilitando la permanente reactualización del sistema represivo que lo había aniquilado. Para eso el Estado actuaba, como señaló Foucault al invertir la famosa sentencia de Carl von Clausewitz, a través de la prolongación de la guerra por otros medios, esto es, inscribiéndola de manera permanente en las instituciones.¹

1 Foucault, 2000 [1997], 29.

La ciencia tenía a su cargo buena parte de esa función, como se lo expresaría Estanislao Zeballos (1854-1923) a quienes conducían la lucha:

Si la Civilización ha exigido que ustedes ganen entorchados persiguiendo la raza y conquistando sus tierras, la ciencia exige que yo la sirva llevando los cráneos a los museos y laboratorios. La Barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos.²

Cuando en 1895 el censo demográfico estableció que el 80 % de la población era de raza blanca y origen europeo, podía allí expresarse con jactancia que «la cuestión de razas, tan importante en los Estados Unidos, ya no existe en la Argentina».³ Al exterminio físico de una población le sucedía su prolongación cultural más allá de la acción militar, a través de lo que significó también el paso del racismo al racialismo. Todorov explicó que el racismo es una ancestral reacción de odio y menosprecio dirigida a un grupo humano determinado, siendo estas, conductas que adquieren otros ribetes en el siglo XIX al configurar una doctrina sustentada en el auxilio de la ciencia a la que llamó racialismo.⁴ La «cuestión indígena» en la Argentina, trascendió el racismo para volverse objeto de prácticas ligadas a una deformación de saberes que, con frecuencia, tenía al positivismo instando a hacer que la ciencia se desplazara al cientificismo.

Aquel censo que daba cuenta de la diseminación del racialismo en la construcción simbólica de una deseada población homogénea, venía a completar los mecanismos de configuración de la identidad nacional, que Anderson identificó en la tríada compuesta por el censo, el mapa y el museo.⁵

Precisamente el museo ya era una institución importante en el afianzamiento del nacionalismo moderno, algo que exploraremos aquí siguiendo las ideas performativas de un *Nation Builder* como fue Domingo F. Sarmiento (1811-1888), presidente de la nación entre 1868 y 1874. En este

2 Zeballos, 2002, 236.

3 Quijada, 2004, 427.

4 La doctrina racialista se basa en cinco puntos: 1. Existen razas diferentes, cuyos miembros poseen características comunes que son inmediatamente visibles a través de rasgos físicos. 2. Existe una continuidad entre lo físico y lo moral que vuelve imposible de modificar las características ya determinadas. 3. La acción del grupo sobre el individuo actúa subordinándolo por completo de manera que, en cada miembro, se reflejan los rasgos de su raza. 4. Existe una jerarquía única de valores entre las diferentes razas donde, unas son superiores y otras inferiores, estética, intelectual y/o moralmente. 5. Existe una política fundada en el saber, según la cual, una vez descriptas las diferencias raciales, se extrae un juicio moral que justifica el sometimiento de las razas inferiores e incluso su eliminación. Todorov, 1991 [1989], 115-119.

5 Anderson, 1993 [1983], 228-258.

sentido, nos introduciremos en un complejo cruce de problemas que, particularizadamente, tuvieron importantes avances en la historiografía desde el último cambio de siglo. Sarmiento en sí ha sido, quizás, una de las figuras públicas argentinas más abordadas por estudios interesados en sus facetas, política, literaria, cultural y educacional,⁶ y en bastante menor medida por sus ideas evolucionistas en el marco de su recepción argentina.⁷ Lo mismo puede decirse de los vínculos entre ese cuerpo de ideas y la ciudad de La Plata, donde su Museo ha recibido un muy minucioso tratamiento acerca de la conformación de sus colecciones, la trayectoria de sus más destacados científicos y el desarrollo institucional.⁸ Asimismo, insumos que ese Museo aportó para sustentar el orden político motivaron importantes abordajes.⁹ De esta manera, y a partir de estos antecedentes, nos detendremos en una zona gris, configurada por la intersección de distintas temáticas y de la que podemos identificar a partir de la relación entre Sarmiento y el Museo de La Plata, tres ejes: las ideas performativas del heterodoxo evolucionismo de Sarmiento, las particularidades de los orígenes de La Plata que inciden en la recepción de las ideas de Sarmiento y la presencia de lo hasta aquí señalado en un Museo que produciría representaciones de un pasado prehistórico utilizadas para afirmar la identidad racial del presente, donde sobrevuelan también los más arraigados anhelos de Sarmiento.

Se trata de registros que convergen en un ciclo civilizatorio que tuvo en el territorio liberado de la presencia indígena, importantes estímulos para comenzar a pensar el sentido de su presencia dentro de la nacionalidad desde la «ciudad nueva», entendiendo por esta última a una figura cultural propendida por Sarmiento para que, sin mediaciones con el pasado, lograra plasmar una matriz ideocrática de carácter ejemplarizador.

Nacida *ex novo* en 1882, La Plata pasó a ser la «ciudad nueva» ansiada,¹⁰ y por eso al producirse la inauguración parcial de su Museo de Ciencias Naturales, Sarmiento se ocupó especialmente de tal acontecimiento, en un texto plagado de incitantes ideas que atraviesan el plano cultural, político y científico. Si por un lado, su discurso se entroncaba con una saga de reflexiones motivadas por la ciudad en la que el Museo era erigido, por otro también

6 Entre la producción de este siglo puede señalarse a: Jitrik y Amante, 2012. Ramos, 2021.

7 Puede verse Monserrat, 1999; Novoa y Levine, 2010; Palma, 2016; Vallejo, 2018.

8 Morosi, 2004, Lopes y Murriello, 2005. Podgorny, 2009. Farro, 2009. Kelly y Podgorny, 2012. Ballester, 2014. Podgorny y Lopez, 2014.

9 Quijada, 1998, Quijada, 2004. Navarro Floria, Salgado y Azar, 2004.

10 Sobre la idea de «Ciudad nueva» en Sarmiento, véase Gorelik, 1993, 57-84. Sobre La Plata como «Ciudad nueva», véase Vallejo, 2016.

canalizaba inquietudes referidas a su particular forma de entender la evolución como refuerzo científico del destino asignado a los pueblos originarios. Estas consideraciones iban de la mano de la «comunidad imaginada»¹¹ que fluía de las estrategias dirigidas a consolidar una nacionalidad homogénea.

La Plata se había levantado sobre un territorio inculto de la Pampa bonaerense, algo que su fundador, Dardo Rocha (1838-1921), buscó exaltar días antes de inaugurar la ciudad fotografiándose junto a una tribu en el sitio en el que se erigiría la Catedral (Figura 1).

FIGURA 1

LA PLATA, NOVIEMBRE DE 1882



Fuente: Archivo Fotográfico, Ministerio de Infraestructura de la Provincia de Buenos Aires. A la izquierda, Enrique Ortiz y su tribu. A la derecha, Dardo Rocha con funcionarios.

En pocos meses el paisaje se iría transformando radicalmente hasta producirse el nuevo adelanto representado por la creación del Museo. Allí Sarmiento podía advertir una cultura urbana que le daba a los indígenas el lugar asignado por la ciencia, integrándolos a la exhibición de un pasado extinguido por obra de la civilización.

En La Plata emergía el mayor Museo del país «en lo que fue hasta ayer la Pampa, lisa como en el mapa, esperando la simiente de los bosques que habrán de cubrirle»,¹² y ese acontecimiento servía de marco ejemplar para dar toda una definición del paso gradual de las formas simples a las complejas, del mundo natural al de las ideas, en tanto precisas mediaciones que podía contener el binomio incommovible del campo inculto y la «ciudad

¹¹ Por «comunidades imaginadas» se ha entendido a un conjunto de recursos de los que se valió el nacionalismo moderno para establecer formas de cohesión. Anderson, 1993 [1983].

¹² Sarmiento, 2001e [1885], 239.

letrada»,¹³ o también de la barbarie y la civilización. Vale la pena recordar que estas últimas nociones configuraron, en la recurrente invocación que Sarmiento hizo de ellas, una forma de poner en tensión fuerzas antagónicas de la historia, verdaderos recipientes semánticos para incluir en un caso al primitivismo desértico y en el otro a la cultura, aun cuando ello revele una ínsita contradicción básica. Porque, como señaló Jitrik, la palabra bárbaro, en el uso que le ha dado la tragedia griega y que Sarmiento no podía desconocer, equivalía a «extranjero», y en cambio ahora era la radical oposición a la civilización.¹⁴ En efecto, civilizar implicaba en Sarmiento, atraer «extranjeros» del hemisferio norte y las ideas que allí se cultivaban, como también expandir las luces de la ciudad sobre un campo que, determinísticamente, retroalimentaba la barbarie.

Ese planteo dialéctico reaparecía para celebrar la creación del Museo sobre el mismo soporte físico en el que poco antes existían solo actividades agrestes. Por eso:

Si uno de los antiguos campesinos nacidos y criados en estos alrededores donde pacían no ha mucho sus rebaños secuestrados en su estancia [...] fuese invitado a una fiesta por sus hijos a quienes cuidó de desmontarlos del caballo y darles colegio aun siendo grandecitos. ¡Qué sorpresa si le mostrasen complacidos, el primer objeto de ostentación, una ciudad por ellos creada de todas piezas, mientras crecían los terneros de sus vacas y un Museo como el que inauguramos hoy!¹⁵

Entre dos generaciones quedaban comprendidos el paso de la vida pastoril a la escuela y más aún a la ciudad moderna, hasta llegar al Museo que aparecía para exaltar esas distancias y cristalizar, en el muestrario fosilizado que contenía, los estadios previos de la historia natural y política de la Argentina. El Museo era punto civilizatorio culminante, un espacio científico que hacía desaparecer a la Pampa para convertirla en su objeto de exposición. Aun reconociendo que estos adelantos no eran producto de los hombres públicos de su edad, se consolaba en saberse el iniciador de todo ese proceso desde su empresa consistente en despojar a la Pampa de «su prístina barbarie».¹⁶

13 Rama, 1998 [1984]. Ese concepto fue relacionado con la «ciudad nueva» en Vallejo, 2016.

14 «El uso ha alterado los semas y los ha invertido, en una operación de tipo axiológico, por el cual no hay inconveniente en entender que bárbaro es sinónimo de primitivo, brutal, instintivo, incontrolado e irracional, mientras que lo civilizado, que viene desde afuera, goza de los atributos más elevados. Jitrik, 2012, 27.

15 Sarmiento, 2001e [1885], 239.

16 Sarmiento, 2001c [1882], 240.

El origen dantesco de las especies

En las expresiones de Sarmiento motivadas por la inauguración del Museo de La Plata, subyacía el propósito de poner en correspondencia el plan allí trazado con una particular reinterpretación del evolucionismo. Ya había dado cuenta de su forma de entender esa corriente de pensamiento en el homenaje tributado a Charles Darwin el 19 de mayo de 1882 en el Teatro Nacional de Buenos Aires, al cumplirse un mes del fallecimiento del sabio inglés cuando, bajo la organización del Círculo Médico Argentino y ante unos 3.000 asistentes, tuvo lugar la reunión intelectual más importante de la época en toda América Latina.¹⁷ En esa ocasión, su largo discurso obvió extenderse en la figura de Darwin para, en cambio, referirse a la idea de evolución.

Allí, Sarmiento se hacía eco de las remanidas relaciones trazadas entre el hombre y el mono. Para eso aludía al «indio Manuel Grande» que, confinado por el gobierno a vivir en el presidio de la Isla Martín García, construyó «un corralito de ramas de una vara de alto, y allí vivió cuatro meses con ocho mocetones de su tribu. El gorila hace lo mismo».¹⁸ Y, fundamentalmente, se valió de Thomas Huxley para exponer una idea fuerza que, libremente utilizada, le permitía entender que haciendo un pozo, cuanto más profundo fuera, en mayor grado de inferioridad se revelarían las formas que podrían hallarse en su interior.¹⁹ Había allí un primer indicio de su manera de entender la evolución como un viaje ascensional iniciado desde el primitivismo sumergido en lo más bajo, para avanzar progresivamente hasta alcanzar el paraíso de la civilización. Algo que enfatizará relacionando la evolución con el trayecto trazado por la *Divina Comedia*, como ya lo había hecho tras haber visitado el Museo Antropológico de Buenos Aires, montado por el joven naturalista, Francisco Moreno (1852-1919) en la cuarta planta del Teatro Colón. En aquella ocasión se vio proyectado en un «viaje aéreo» hacia la prehistoria que lo colocaba frente a la «humana comedia», donde lo prehistórico asumía una dimensión cultural antes que cronológica, para aludir a razas vencidas por la «civilización» e inmersas en la categoría inconfundible de «salvajes».²⁰ Aquello encerraba una «fantástica paleontología espiritual», demostrativa de un infierno que reunía las «grandezas

17 Monserrat, 1999, 24.

18 Sarmiento, 2001b [1882], 95.

19 *Ibidem*, 92.

20 Sobre la relación entre Sarmiento y la *Divina Comedia*, véase Vallejo, 2018.

y miserias de la historia», empezando por la prehistoria, con las «capas y conglomerados de vicios y crímenes» que la componían.²¹

Del Averno nacía un proceso evolutivo que iba desde las criaturas monstruosas a la cultura. Sarmiento comprobaba esa certeza recorriendo el Museo junto a ese «joven Dante» que a sus ojos era Moreno, el científico que lo conducía por las primigenias razas humanas que poblaron la tierra. Ellas conformaban un «panteón pampeano, patagónico, fueguino», a la manera de una «vasta necrópolis de las generaciones que habitaron estas llanuras». ²² «Desde todos los ángulos del vasto panteón, os miran sin ver, un millar de cráneos humanos, con sus ojos huecos, negros, sombríos y siempre fijos», que no podrían responder a la inquietud de Dante por el alma latina porque allí no había «alma alguna, que sea latina, ni semítica, ni aria». ²³ Esos seres desalmados, y por eso en peores condiciones que quienes habitan los 33 Cantos del *Infierno*, eran sombras con propiedades materiales, una imagen presentada como el cobijo de un oscuro espíritu que opera como sinécdoque de los estadios incivilizados a los que pertenecían. Hasta allí había llegado Sarmiento tras ascender por una escalera que paradójicamente lo había transportado al punto más bajo del infierno dantesco:

Cada grupo representa una época humana. La forma del cráneo es un capítulo de aquella historia [...]. Unas cuantas pulgadas más de cráneo, un poco más alta la frente, el hocico menos [prognato] avanzado, van marcando los grandes progresos de esos pueblos sucesivos.²⁴

En la misma construcción de la oposición entre civilización y barbarie Sarmiento se había valido de la frenología para describir, a través de la cabeza de Facundo Quiroga, los rasgos morales que operan como una metáfora de los caudillos gauchescos que tanto aborrecía. Ahora leía en la secuencia de cráneos organizada por Moreno un decurso civilizatorio, fundados datos morfológicos sobre los que se sustentaban los estadios de las diferentes razas que poblaron y poblaban la tierra. La craneometría vivía su momento de esplendor con figuras como el francés Paul Broca, y de sus estudios se deducía el valor intelectual de las diferentes razas humanas, algo que conllevaba atribuirle a cada una de ellas un estadio distinto en la evolución. Las reflexiones de Sarmiento entraban en diálogo con lo sostenido por Broca

²¹ Sarmiento, 2001c [1882], 111.

²² *Ibidem*, 112.

²³ *Ibidem*, 113.

²⁴ *Ibidem*, 116.

al afirmar que «un rostro prognato [proyectado hacia adelante], un color de piel más o menos negro, un cabello lanudo y una inferioridad intelectual y social, son rasgos que suelen ir asociados». Y completando el razonamiento expresaba que nadie que perteneciera a ese grupo «ha sido capaz de elevarse espontáneamente hasta el nivel de la civilización».²⁵ Entonces, si el punto más alto de la evolución se expresaba en las características morfológicas, ellas mismas serían las que retroalimentaban ese argumento, llevando a Sarmiento a describirla desde un afán de integración a esas ideas básicas de Broca que iba más allá de lo que estaba viendo: los cráneos de Moreno eran de indígenas, no de africanos como los descritos por el francés.²⁶ Por eso remarcaba su desapego a una teoría científica que condicionara demasiado sus libres interpretaciones del evolucionismo.²⁷ Existía ante todo una voluntad de construir estructuras interpretativas a partir de lo suscitado por un viaje imaginario, que guarda cierta correspondencia con el relato de Zeballos, en plena avanzada militar sobre el desierto, cuando expuso su «descenso» hacia las capas más profundas del pasado, para sumergirse «en las fronteras remotas de la nación», donde ponía en acto lo que ha sido señalado como «un movimiento hacia las sombras».²⁸

La evolución era así, un trayecto moral, cuyos inicios podían ser reconocidos en un viaje de «descenso», que remitía a su vez a entidades tan distantes que podían entroncarse con los orígenes mismos del hombre en la Patagonia, como lo postularían por distintos medios el propio Moreno, Zeballos y Florentino Ameghino (1853-1911).

Aquella colección descrita por Sarmiento estaba conformada por unas 15.000 piezas óseas de las que extrajo las enviadas a Quatrefages, Broca y Topinard, a fin de obtener de ellos un reconocimiento por la originalidad de los restos americanos que ayudara a sostener una teoría propia acerca del origen del hombre.²⁹ La colección confluía en el Museo de La Plata, también dirigido por Moreno y al que el propio Sarmiento daba su discurso de pre-inauguración en 1885. Así, en el nuevo evento, podía el

25 Gould, 2004 [1996], 100.

26 Moreno con su colección buscaba, particularmente, demostrar la condición dolicocefala de una raza autóctona que la diferenciaba de otros indígenas americanos. Navarro Floria, Salgado y Azar, 2004, 413.

27 Sarmiento se autoproclamaba seguidor de Spencer, como se lo señalaría un año más tarde a Francisco Moreno, expresándole que le dejaba a él y a Florentino Ameghino las ideas «darwinistas, si de ello los convence el andar tras su ilustre huella. Yo no tengo ni la pretensión ni el deseo» de ser darwinista. «Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino». Sarmiento, 2001d [1883], 228.

28 Maihle, 2020.

29 Quijada, 1998, Navarro Floria, Salgado y Azar, 2004. Farro, 2009, 73-79.

ex-presidente prolongar sus anteriores observaciones, para articularlas con la misión que tendría el Museo de La Plata de recoger los documentos de la prehistoria:

De hoy en más los argentinos y los americanos están llamados a tomar parte muy principal en el desenvolvimiento de las ciencias modernas, que ligan la creación animal a las razas humanas, a la topografía e historia de nuestro país, pues si hay aquí indios de los traídos del desierto en estos últimos años, tenemos en la inauguración del Museo Antropológico muestras vivas del hombre prehistórico, a más de esos centenares de cráneos que llenan las vidrieras. Ahí que sería sorpresa en Europa decirles que tenemos aquí hombres prehistóricos vivos, si no le añadiéramos que ocupan todavía más o menos amansados por la civilización europea la mayor parte de la América.³⁰

La evolución entendida como una aplicación práctica de la obra de Dante, permitía entender también que el Museo tenía en Argentina muchas más facilidades para obtener sus objetos de exhibición. Aquello que en Europa estaba cubierto por sucesivas capas civilizatorias, aquí se conservaba a «a flor de tierra» y más aún, con ejemplares vivos de aquellas entidades que en otros sitios se habían extinguido. Los indígenas de esta región constituían así toda una curiosidad prehistórica que merecía desatar el interés de la ciencia universal. El Museo, entonces, vendría a constituirse en un espacio para la exposición de lo que la ciencia necesitaba conocer por tratarse de un reservorio del pasado que la civilización no había terminado de retirar en la Argentina.

La prosa vehemente de Sarmiento, dejaba un lugar especial para exaltar la figura de Moreno y también del vicedirector del Museo, Ameghino.³¹ A ellos estaban dedicados sus parabienes por el Museo que se erigía en la Pampa para exponerla en su esencia, a través de una tarea que los hacía «jóvenes artistas, decoradores del escenario».³²

Forma y entorno: el ascenso civilizatorio

El Museo de La Plata había surgido tras un decreto provincial del 19 de setiembre de 1884. Allí se estableció que sería a la vez un Museo Público y el Museo Antropológico y Arqueológico que había funcionado en la

30 Sarmiento, 2001e [1885], 241.

31 Sarmiento también recordaba a aquellas otras figuras con las que construyó su vínculo con las Ciencias Naturales. Francisco Muñiz (1795-1871) y Hermann Burmeister (1807-1892).

32 Sarmiento, 2001e [1885], 241.

ciudad de Buenos Aires, donde un Sarmiento extasiado participó del dantesco «viaje» a la prehistoria. Las colecciones de aquel Museo integraban ahora los fondos del nuevo Museo de La Plata, en cuya inauguración reaparecía la relación entre Sarmiento y Moreno.

Al formularse el plan para la creación de la «ciudad nueva», Moreno en 1882 logró imponer su decisión de localizar el nuevo edificio en el Paseo del Bosque de La Plata, donde existía una importante forestación ligada a un gesto civilizatorio de impronta sarmientina.³³ Había sido el propio Sarmiento quien, análogamente al programa educativo propendido desde su presidencia,³⁴ proporcionó simiente anglosajona a los estancieros bonaerenses, con la que el paisajista belga, Carlos Vereecke, ideó el parque de la Estancia de Leonardo Iraola, devenido en el Bosque inscripto en las tierras expropiadas para llevar a cabo la fundación de La Plata. Y quien terminó de darle el diseño definitivo tras el nacimiento de la ciudad era otra figura cercana a Sarmiento, el francés Fernando Manduit, agrónomo director de Palermo, un Parque que llegó significar en el sanjuanino la posibilidad de dar inicio a un ciclo modernizador de Buenos Aires por efecto de las ideas europeas que condensaba.³⁵ Por eso Sarmiento podía ver en el Paseo del Bosque de La Plata «un Bois de Boulogne», sobre el espacio forestado con 60.000 ejemplares de 20 años de existencia.³⁶ La Pampa inculta se había convertido en un Bosque civilizado con eucaliptus que, en su desarrollo inalterablemente vertical, rompían la «monotonía de la pampa» y contrarrestaban la incidencia de formas orgánicas incapaces de adecuarse a una tutorial rectitud, como las que poseía la especie local característica: «el inútil ombú, con la ociosidad y barbarie que representa».³⁷

Las especies vegetales eran metáforas del mundo social. El ombú poseía en la libertad de sus formas y las cavidades de su tronco lugares que favorecían la «ineptitud» para el trabajo del indio y del gaucho, los cuales encontraban allí una guarida, en oposición al eucaliptus erguido que ejemplificaba la conducta recta del ciudadano moderno. Mientras el árbol

33 Sobre las decisiones institucionales que condujeron a la creación del Museo de La Plata, véase Podgorny y Lopes, 2014, 227-232.

34 Sarmiento contrató sesenta y una maestras norteamericanas para dar impulso a la educación pública en la Argentina, las cuales comenzaron a llegar al país en 1869. Véase Ramos, 2021.

35 Palermo, situado en las afueras de Buenos Aires, albergó el predio que había pertenecido a Juan Manuel de Rosas. Allí, fue creado el Parque que llevó la denominación de Tres de Febrero, alusiva a la fecha en la que se celebró la batalla de Caseros, donde Rosas fue vencido. Para Sarmiento, Palermo representaba el inicio de la reforma urbana que debía alcanzar a Buenos Aires. Véase Gorelik, 1993, 75-84.

36 Sarmiento, 2001a [1882], 69.

37 Sarmiento, 2001f [1885], 260.

autóctono expresaba y determinaba la existencia del nomadismo pre-civilizadorio, la especie anglosajona venía a indicar el camino hacia el progreso. Con estas básicas certezas Sarmiento impulsó la mayor transformación del paisaje natural de la Pampa, de la cual La Plata contenía una pequeña pero significativa manifestación.

En relación al edificio del Museo, su ejecución estuvo a cargo del sueco Enrique Aberg (1841-1922), compañero de Moreno en la Sociedad Científica Argentina. Aberg era la figura más indicada para la tarea que se le encomendó, fundamentalmente porque acababa de realizar el edificio de la Academia de Ciencias Físicas y Matemáticas de Córdoba y había proyectado una nueva sede para la Universidad de Buenos Aires. Junto a Aberg se desempeñó en La Plata el alemán Carlos Heynemann,³⁸ para dar origen a un edificio conformado por un eje mayor de 135 metros y otro menor de cincuenta y nueve metros, donde se hallan las escalinatas de ingreso que extienden esa dimensión a setenta metros,³⁹ y en el cual se enfatizó especialmente el propósito de traducir a las formas la idea de evolución. El remate con hemiciclos en los extremos del lado más largo, tendió a configurar una elipse con la que se buscó representar el darwiniano «anillo biológico que principia en el misterio y termina con el hombre», como se regocijaba en señalar el propio Moreno (Figuras 2 y 3).⁴⁰

Otra singularidad radicaba en las galerías con las que se organizaba la secuencia de la exposición basada en el movimiento interrumpido,⁴¹ el cual, a modo del sarmientino viaje, permitía al visitante desplazarse observando las vitrinas que aparecían a su paso para seguir la evolución de las especies, en un trayecto que iría desde el mundo inanimado del mineral y la piedra al desarrollo de la vida en el planeta que culminaba en el ser humano.⁴² Asimismo, y tomando nota de importantes contribuciones internacionales para el desarrollo de los museos que incluían ideas de Albert Gaudry y la noción *the new museum*, Moreno también pensó su establecimiento como un dispositivo capaz de integrar educación e investigación.⁴³

38 Sobre Aberg y Heynemann, véase Morosi, 2004, 13-22.

39 Sobre la arquitectura del Museo, véase Morosi, 2004, 67-74; Vallejo, 2007, 143-156.

40 Moreno, 1891, 39.

41 Era un museo verdaderamente nuevo, que construía su identidad en la oposición a los establecimientos surgidos de la reutilización de espacios sobrantes. Podgorny y Lopes, 2014, 233.

42 Moreno, 1891, 39.

43 El Museo de Moreno también recogía los alcances de la Smithsonian institution que en 1879 dio origen al Museo de Historia Natural de Washington. Y de la tendencia que a fines del siglo XIX difundió William Flower bajo una noción de *the new museum* idea recomendando darle orientaciones hacia la educación y la investigación. Lopes y Murriello, 2005.

FIGURA 2

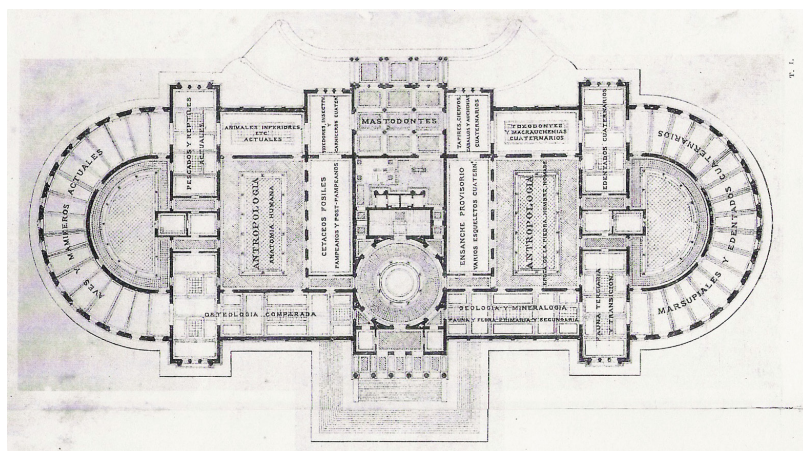
VISTA GENERAL DEL MUSEO DE LA PLATA



Fuente: *Revista del Museo de La Plata*, 1, 1891.

FIGURA 3

PLANTA BAJA DEL MUSEO DE LA PLATA



Fuente: *Revista del Museo de La Plata*, 1, 1891.

«Fósiles vivientes» en exhibición

Cuando en 1885 la prosa envalentonada de Sarmiento exaltaba entre los méritos del Museo de La Plata el hecho de contar con «muestras vivas del hombre prehistórico», no incurría en un uso figurado del lenguaje. Estaba destacando, como un elemento más de atracción, la presencia de «fósiles vivientes», según la expresión creada por Darwin en 1839 y utilizada para aludir a los indígenas argentinos.⁴⁴

Precisamente, la referencia se dirigía a una idea perseguida por Moreno que ya tenía su concreción para complementar, con indígenas vivos, una vasta colección de cráneos, entre ellos los obtenidos a partir de matanzas llevadas a cabo por el ejército y del saqueo a cementerios indígenas, algo que un gran donante del Museo como fue Zeballos se jactó de realizar con particular saña.⁴⁵ En 1886, Moreno señalaba que:

Tenemos ya en el Museo representantes vivos de las razas más inferiores de la Tierra del Fuego, un yagan y un alacalof; con cuya ayuda se pueden conocer muchos misterios de la prehistoria humana, de los tiempos del hombre primitivo. Estos indígenas se ocupan de construir todo su material de caza, pesca, uso doméstico [...] mostrándonos los procedimientos empleados para vencer en la lucha por la existencia durante los rudos tiempos del comienzo de la sociabilidad humana.⁴⁶

El valor atribuido a la exhibición de indígenas radicaba en que realizaban sus tareas habituales, ofreciendo un sorprendente espectáculo a los visitantes quienes, a través del relato científico, podían verse transportados a una era prehistórica. Así, Moreno lograba hacer partícipe a su Museo dentro de una muy extendida difusión internacional que tenían las imágenes de indígenas en exhibiciones llevadas a cabo en Europa. Especialmente, cabe destacar la desarrollada en el Jardin Zoologique d'Acclimatation de París en 1881, con fueguinos. Aquella exposición tuvo 54.000 visitantes en un solo domingo,⁴⁷ despertando un interés que alcanzó al propio Darwin, quien ya anciano, volvía a tomar contacto en París con los «fósiles vivientes» que había conocido casi cinco décadas

44 Quijada, 1998.

45 Sobre la conformación de las colecciones con las que nació el Museo de La Plata, véase Farro, 2009.

46 Carta de Francisco Moreno al Ministro de Obras Públicas Dr. Manuel B. Gonnet, Archivo del Museo de La Plata, La Plata, 1886, Copiador 1.

47 Fernández Bravo, 2009, 89.

antes en su viaje con el *Beagle*.⁴⁸ Allí estaba expresado el orden civilizatorio del «Bois de Boulogne» que Sarmiento veía prolongado en el Paseo del Bosque de La Plata, y su espacio de exhibición de la barbarie con la muestra viviente de fueguinos que pasaba a tener su réplica en el Museo de Moreno.

Junto a la llegada de fueguinos a La Plata se produjo también el arribo de caciques con sus familias, entre los que se destacaban Inacayal y Foyel. Ellos provenían de Chubut, donde fueron capturados por el ejército argentino y embarcados con destino a Buenos Aires, iniciando una travesía que:

Fue de lo más penosa para estos desdichados, dado el poco cuidado que se tuvo de ellos. Pero el dolor más profundo que sintieron fue cuando al llegar a La Boca les quitaron sus hijos de ambos sexos, para ser repartidos entre las familias argentinas que los solicitaban. Privados de sus hijos y de sus amigos, sólo Inacayal, Foyel, Raimal y algunos más escaparon a la distribución. Fueron llevados a Tigre donde permanecieron un año y medio hasta que el Dr. F. P. Moreno, tocado por su triste destino, los pidió para servir en el Museo, donde las mujeres iban a enriquecer las colecciones etnográficas con su trabajo de tejido en el mismo tiempo que podríamos estudiar sus costumbres.⁴⁹

Así se expresaba el francés Émile Beaufils, quien se desempeñó en el Museo como Ayudante Preparador entre 1889 y 1905, lamentando la violencia desatada sobre los indígenas donde el único límite era la autoridad de la ciencia, encarnada, en este caso, en la decisión de Moreno de transformar presidiarios en objetos de estudio. Si antes Moreno se había valido de la acción del ejército para obtener con sus matanzas una vasta colección de cráneos, ahora, en los indios capturados, podía cumplir aquel anhelo referido por Sarmiento de montar verdaderas muestras vivientes, a la manera de un zoológico humano.

El episodio también contenía llamativas particularidades, entre ellas, el hecho de que Moreno conociera muy bien a algunos de los indígenas vivos incorporados a su Museo, especialmente a Inacayal, un cacique renombrado de la Patagonia a quien en 1875 calificó de «amigo», y «el jefe huiliche más accesible a los halagos de la civilización».⁵⁰ Luego, en su expedición al Lago Nahuel Huapi, Moreno volvió a dar con Inacayal quien, junto a Foyel, le brindó importante colaboración en sus tareas exploratorias. Ya en 1885, en una

48 En 1830 cuatro indios yaganes fueron trasladados a bordo del HMS *Beagle* a Inglaterra (uno de ellos murió en el viaje), donde fueron educados y presentados a la Corte. Casi tres años después en un nuevo viaje del *Beagle*, el más famoso que realizara por participar del mismo Charles Darwin, los indígenas eran devueltos al mundo salvaje de Tierra del Fuego. Véase Palma, 2020.

49 Émile Beaufils, citado en Kate, 1906, 36. Traducción del autor.

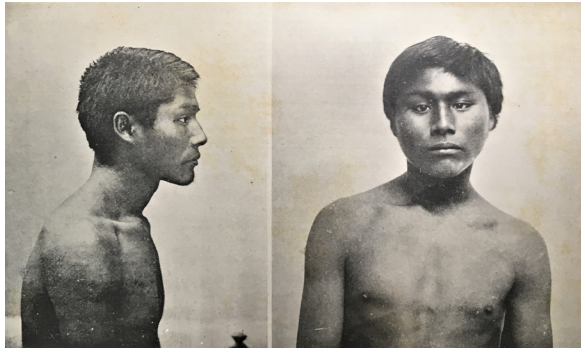
50 Moreno, 1979, 35.

llamativa expresión de contrastes, Moreno hallaba en una prisión situada en Palermo, el gran parque promovido por Sarmiento, a aquellos mismos indígenas con sus familias. Vale decir, el sarmientino *locus* civilizatorio que reunía «los mil goces de la vista y del espíritu que produce un medio social elevado», se cruzaba así con «la raza que se extingue y de la que me ha sido dado presenciar sus últimos días de libertad».⁵¹ Aun recordando que representaban una «tribu buena», que no era asesina y de la que solo había recibido hospitalidad, completaba el razonamiento con una fatalista sentencia: ellos expresaban «un espectáculo que no se repetirá dos veces, porque faltarán los actores».⁵²

Tras pasar también por el presidio de la Isla Martín García, los indígenas patagónicos llegaron al Museo, y allí fueron integrados a un mismo sistema de identificación fotográfica,⁵³ el cual producía registros adaptados a ciertas condiciones de normalización (como las que se expresaban en el corte del cabello), dentro de imágenes tomadas en 1886 que también daban cuenta de las importantes diferencias que contenían. Las fotos de los fueguinos con el torso desnudo, contrastan con las de Inacayal, en cuya indumentaria parece haberse pretendido destacar aquella condición más próxima a la civilización, de la que hablaba Moreno (Figuras 4 y 5).

FIGURA 4

MAISHKENSIS. INDÍGENA YAGAN



Fuente: *Revista del Museo de La Plata*, XII, La Plata, 1906.

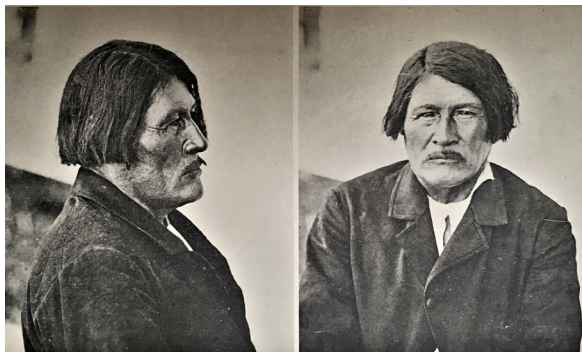
⁵¹ Moreno, 1979, 181.

⁵² *Idem.*

⁵³ Sobre la creación de las primeras colecciones fotográficas del Museo de La Plata, véase Farro, 2012.

FIGURA 5

INACAYAL. CACIQUE DE LOS HUILLICHES



Fuente: *Revista del Museo de La Plata*, XII, La Plata, 1906.

La representación pictórica del pasado prehistórico

En el Museo de La Plata, la rotonda contigua al pórtico de acceso marca la epifanía de la exhibición, el punto desde donde parten las galerías de la exhibición para iniciar el viaje imaginario a un pasado remoto. Desde allí comenzaba el recorrido por el anillo biológico, en una secuencia que, según Moreno, «principia en el misterio y termina con el hombre». La rotonda, entonces, estaba allí para destacar, con un rasgo de alteridad formal, el comienzo y la culminación de la muestra, el lugar donde podía hallarse una síntesis revelada en los frescos ubicados los límites de su circunferencia.⁵⁴ Allí se suceden imágenes que refuerzan la noción de recorrido con paisajes y escenas de la vida cotidiana del hombre primitivo, dentro de un espacio

54 El pórtico y la rotonda daban una reinterpretación moderna a la función que cumplían ambos elementos en el Panteón romano. El templo de los dioses ahora era el recinto para la sacralización de la ciencia. El antecedente directo lo constituían las reelaboraciones clásicas de Karl Friedrich Schinkel volcadas en el Altes Museum de Berlín de 1830. Allí nació una tipología de Museo con superficies murarias cerradas al exterior, el uso de iluminación cenital y la introducción de una rotonda precedida de un pórtico clásico. Otro antecedente se remota a Juan Villanueva, con el Museo del Prado que hacia 1800 previó atender tres funciones simultáneas: Academia de Ciencias, Salón para las Juntas Académicas y Museo de Historia Natural. Y, precisamente, la rotonda identificó el acceso al Museo de Historia Natural. Vallejo, 2007, 147.

circular que recuerda a los panoramas, dispositivos visuales que combinaban arte y técnica para producir vistas urbanas o escenas de batallas, en una representación de 360 grados que rodeaba al espectador.⁵⁵

Esa suerte de panorama lo conforman ocho pinturas de gran formato (330 cm. de largo y 200 cm. de alto) que, en planta baja, se distribuyen en los entrepaños de muro enmarcados por pilastras, y otras ocho más pequeñas se ubican sobre los dinteles de las puertas que dan ingreso a las salas y demás dependencias del Museo. La rotonda, así, enfatizaba el modelo tridimensional de la evolución según el sentido de recorrido evolutivo que pensó Moreno, donde:

La transformación del camino de la evolución en un movimiento circular simplificaba los procesos y ratificaba la única dirección de ese camino, que, por otro lado, para saltar al nivel superior, volvía a pasar por la rotonda de entrada. De esta manera, la rotonda poblada de paisajes vacíos e indios amenazantes, descrita como nodo central de la evolución, se parecía a un regreso necesario al origen, condición de posibilidad para saltar a la civilización.⁵⁶

Una fotografía de la rotonda en ejecución, nos coloca ante el proceso de construcción de las representaciones. La escena permite reconocer al pintor italiano Reinaldo Giudici (1853-1921) quien, sentado en un taburete dispuesto sobre un andamio y teniendo ante sí el tapiz que está pintando, mira de costado a unos indígenas debidamente ataviados que posan inmóviles ante el artista. Dos de ellos, sentados en el piso, en posición fetal, se disponen enfrentados, mientras que otros asumen otras posturas. «La posición agachada, en cuclillas, próxima al nivel del suelo, permite especular sobre la proximidad de los indígenas con lo animal», siendo aquello un gesto habitual en las postales de la exposición de 1881 en París en las que aparecen los indios fueguinos.⁵⁷ El gesto remarca la existencia del lugar dominado y domesticado de indios situados por debajo de la línea del observador, donde existe una doble representación: la «animalización por un lado, enfatizada por la disposición física que supone la sumisión y la ubicación más próxima al suelo por el otro que confirma la percepción de inferioridad y sometimiento».⁵⁸ Retomando la metáfora sarmientina, esa posición estaba marcando la distancia con aquellos que erguidos se elevaban como los

55 Andruchow y de Rueda, 2021, 273. Sobre los Panoramas véase Rombout, 2006.

56 Podgorny, 2009, 192-193.

57 Fernández Bravo, 2009, 87.

58 *Ibidem*, 87-88.

eucaliptus en el Paseo del Bosque. Solo un indígena mira a la cámara y de esa forma adquiere una identidad de la que carecen los demás integrantes de la escena: es Inacayal (Figura 6).

El pintor así, construía la representación de un pasado prehistórico que incluía a los indígenas, a fin de que su imagen se convirtiera en una referencia real. En este sentido y estando todavía en pugna los estatutos de reconocimiento del mayor valor de la pintura o la fotografía, por su capacidad de transmitir la verdad a través de una imagen, aparecía en el Museo un espacio de complementariedad importante. También en Sarmiento el tema había originado suficientes motivos para reflexionar en torno a lo que podía aportar una y otra forma de representación de la realidad.

FIGURA 6

GIUDICE PINTANDO UN MURAL DEL MUSEO. AÑO 1888



Fuente: Archivo Histórico y Registros Fílmicos del Museo de La Plata.

Los científicos del Museo eran «jóvenes artistas, decoradores del escenario», porque lo instaban a pensar nuevamente en las relaciones entre ciencia y arte, desde donde podía formular también sus aportaciones. Sarmiento consideraba a la pintura parte de las bellas artes y producto de atributos como el ingenio y el talento, valores de los que veía carecer, por caso, a la práctica fotográfica. Básicamente, la fotografía no podía alcanzar una

necesaria dimensión «ejemplar» que solo estaba reservada para el juicio ético del artista, cuya función era transformar la realidad para «ordenarla hacia un buen fin». Destacaba, así, por sobre el realismo mimético, al naturalismo moralizador en el que la pintura asumía una pedagogía o didactismo más allá de la simple reproducción.⁵⁹

No era otro el propósito que perseguían los artistas que trabajaban en la rotonda del Museo, donde exhibían sus cualidades para ejercer ese didactismo moralizador a través de los murales. Entre todos ellos, el más sugestivo fue el realizado por otro italiano, Luigi De Servi (1863-1945), quien llegó al Museo acreditando importantes vínculos con el nieto de Domingo Sarmiento y a la postre su albacea, Augusto Belín Sarmiento (1854-1936).⁶⁰ Titulado «Descuartizando un gliptodonte», presenta en un primer plano a indios faenando un gliptodonte, del cual su cabeza y las garras, ya han sido cercenadas (Figura 7).

La temática se introduce en una supuesta reconstrucción de la vida cotidiana en la prehistoria pampeana, para exhibir mucho más que una licencia artística al dar cuenta de ideas científicas que ubicaban a indígenas, como aquellos que se exhibían vivos en el Museo, en convivencia con una fauna extinta. La obra confiere el protagonismo en la tarea de descuartizar a aquel indígena que encarna la actitud más salvaje, con un gesto animalesco que lo acerca a la tierra, como sucedía en la foto de la rotonda con Inacayal situado en posición fetal. De tal forma, el Museo que proveía los modelos para el artista, se valía de la obra resultante para intensificar el mensaje dirigido a legos, pero también las ideas con las que trabajaban sus científicos. Así, la obra de De Servi, transmite además la hipótesis de Ameghino respecto a la utilización de las corazas de gliptodonte como morada de tribus primitivas en la prehistoria pampeana, en cierta sintonía con los usos que Sarmiento identificó luego en el ombú cumpliendo ese fin.

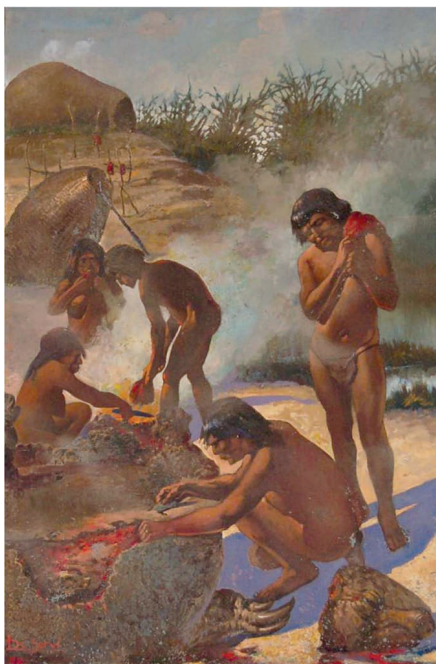
En 1888 se produjo la inauguración definitiva del Museo. Ese año fallecía Sarmiento y aparecía de manera póstuma su segunda parte de *Conflictos y armonías de las razas en América*. Aquí, la oposición entre civilización y barbarie que atraviesa todo su pensamiento ya no duda en expresarla a través de un viaje dantesco y para sostener esa idea exponía ahora un fundamento filológico. *Inferus* conjugaba en latín acepciones que podían

⁵⁹ Rocca Cortés, 2000.

⁶⁰ De Servi era un pintor italiano llegado a la Argentina en 1883 y a quien se le encargaron importantes frescos para la Casa Rosada en Buenos Aires y la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires en La Plata. Andruchow y de Rueda, 2021

derivar en infierno e interno, de manera que allí quedaba integrada la referencia a lo más bajo y abyecto, con lo que estaba en el interior de nosotros mismos en contraposición a un afuera que proveía de civilización.⁶¹

FIGURA 7
INDIOS Y GLIPTODONTES



Fuente: Luigi De Servi, «Descuartizando un gliptodonte», 1888.

Precisamente, el Museo contenía un muestrario de aquello que era a la vez lo interior y lo inferior, expresado en los fósiles prehistóricos, vivos o muertos, que alojaba.

A las que consideraba muestras vivas de la prehistoria, Moreno había tratado de darle utilidad, para lo cual las mujeres debían cumplir la tarea de hilar. En tanto que a los hombres estaba destinado el mantenimiento del

61 Sarmiento, 2001g [1888], 223.

edificio, algo que convirtió a Inacayal y Foyel en obreros cautivos hasta que afloró aquello que, a los ojos de Moreno, era su condición indómita.⁶² Los problemas suscitados precipitaron la idea de que de ellos no podía esperarse más que su natural extinción, y así, poco importó que fueran sucediéndose sus muertes, igualmente, permanecerían allí para conformar las colecciones con sus esqueletos, cráneos, cerebros, cueros cabelludos, fotos y mascarillas funerarias. Podía verse aquí una aplicación de la biopolítica, en cuanto noción con la que Foucault describió el paso del poder soberano basado en hacer morir y dejar vivir, a otra instancia que, sin eliminar la anterior, reconvierte el silogismo que la sustentaba para arribar de manera inversa a hacer vivir y dejar morir.⁶³ Si la conquista del desierto significó la taxativa aplicación de la primera forma de poder, basada en la muerte y en la selección de los sobrevivientes para destinarlos a nueva servidumbre urbana y rural, el rol Moreno encarnaba de manera muy diáfana la naturaleza misma de la biopolítica, Con él se evidenciaba la autoridad de la ciencia que rescató indígenas para hacerlos vivir hasta que, pasado un breve lapso, desplegaba sobre ellos su poder para, literalmente, dejarlos morir.

Beaufils detalló que el 21 de setiembre de 1887 falleció Margarita, el 24 de setiembre de 1888, su esposo, Inacayal y el 9 de octubre de 1887 Tafa.⁶⁴ Maishkensis, que sobrevivió unos años más, tuvo a su cargo la penosa tarea de preparar los esqueletos de los indios fallecidos en el Museo, vestido con un traje de funebrero que usaba por orden de Moreno.⁶⁵ Maishkensis murió en setiembre de 1894 y como sucedió con los indígenas que fallecieron antes que él su esqueleto también se sumó a las vitrinas de la colección antropológica.⁶⁶

Años más tarde, el director del Museo, Luis María Torres, señalaría que la sala antropológica permanecía sin grandes cambios desde que la organizara su fundador:

En la gran vidriera central exhibense casi cien esqueletos (armados) de autóctonos del país procedentes de todas las regiones [...] Algunos de los esqueletos guardados en la gran vidriera del centro merecen mención especial, a saber: número 1834, el cacique Inacayal (vidriera 72); número 1835, su mujer (vidriera 72); y número 1797,

62 Podgorny y Lopes, 2014, 239.

63 Foucault, 2000 [1997], 218.

64 Kate, 1906, 42.

65 *Ibidem*, 39.

66 «Habiendo dejado a este indio vivo, luego de una larga ausencia mía en el Museo, encontré su cerebro y su esqueleto en las vitrinas de nuestras galerías antropológicas». *Idem*.

Margarita, hija de Foyel (vidriera 71), como representantes de los antiguos señores de la Pampa.⁶⁷

El catalán Federico Rahola y Tremols en 1903 se sorprendió al ver allí «un pueblo sacrificado en aras de la civilización, desposeído del suelo, cuyos restos han servido luego para formar las colecciones de un museo zoológico», donde además «los sabios estudian fríamente aquellos cráneos cual si fueran de una raza prehistórica».⁶⁸

En esas colecciones fósiles que describía Torres, no estaban Foyel ni Sayhueque, otro cacique patagónico que tuvo trato con Moreno antes de llegar al Museo. Ambos admitieron ser argentinos, adquirieron la ciudadanía y, de esa forma, pudieron retornar a sus tierras, donde recuperaron pequeñas parcelas y allí pudieron escapar al destino que les deparaba su permanencia en el Museo.⁶⁹ Así se revelaban las paradojas implicadas en indígenas que expresando su esencia reforzaban el espectáculo, mientras que no hacerlo suponía poder acceder a la única alternativa válida para alcanzar la libertad, la cual consistía en convertirse, sin más, en algo distinto de lo que se era: un ciudadano. Para eso el indio debía ser homogeneizado, es decir, «debía abandonar sus rasgos diferenciales para pasar a compartir unos mismos referentes simbólicos y culturales».⁷⁰ Para Vucetich y Cortina las alternativas eran «hacerse ciudadano o perecer»,⁷¹ en lo que fue otra forma de inscribir el racialismo en la biopolítica para controlar y compensar los efectos de la vida, supeditándola a la búsqueda de una homeostasis social.⁷²

El descubrimiento de otra raza prehistórica

Tras el fin de los exponentes vivos capturados en la conquista del desierto, sobrevino una nueva representación del pasado prehistórico asociado

67 Torres, 1927, 256.

68 Rahola y Tremols citado en Vallejo, 2019, 70.

69 Quijada, 1998. Por la conquista del desierto el Estado se hizo de cuarenta y dos millones de hectáreas (equivalentes a la superficie entera de Dinamarca), para luego dejarlas en manos de unas 1800 familias de Buenos Aires. Foyel y Sayhueque pertenecen a un reducido número de indígenas entre los que se repartieron poco más de 100 hectáreas de tierras en zonas estériles y aisladas.

70 La ciudadanización del indio se llevó a la práctica por una diversidad de vías que lejos estuvieron de generar un final feliz. Quijada, 2004, 431-432.

71 Ambos pertenecían a la Policía de la Provincia de Buenos Aires. En el caso de Juan Vucetich, merece recordarse que fue el creador del Sistema Dactiloscópico. Cortina y Vucetich, 1905, 47.

72 Foucault, 2000 [1997], 225.

a otros indígenas en extinción. El nuevo relato científico, desplazaba ahora la búsqueda de la prehistoria «a flor de tierra» de la Patagonia al Paraguay. El tema cobró relevancia en 1894, cuando el francés Charles de La Hitte (1856-1927), explorador aficionado, al recorrer la selva paraguaya dio con un indígena guayaquí que había sido capturado y lo fotografió.⁷³ Con esa fotografía y las notas de su viaje llegó a Buenos Aires, donde publicó un artículo aparecido en dos entregas en el periódico *La Nación* que causó un gran impacto nacional e internacional.⁷⁴

La Hitte señalaba que «de todos los indios que habitan el territorio paraguayo, los guayaquíes son los únicos que han conservado sin alteración alguna, el carácter y las costumbres del salvaje primitivo».⁷⁵ Más adelante agregaba algo que no pasaría desapercibido en científicos de la época: eran «las últimas reliquias de la humanidad primitiva de la edad de piedra».⁷⁶ La selva que habitaban era «una barrera natural y metafórica para el avance del conocimiento» que, al impedir el contacto con la civilización, permitía explicar la existencia aun de hombres de la edad de piedra.⁷⁷

El suceso alcanzado por La Hitte, llevó a que el Museo de La Plata lo contratara para avanzar en la recolección de material relativo a lo que pasó a conocerse como «la cuestión guayaquí». Luego se organizó una expedición en la que el francés, acompañado del científico holandés Herman ten Kate (1858-1931), accedió en diciembre de 1896 a objetos y restos humanos, y también participó de un episodio con indígenas vivos. La Hitte dio con unos colonos de la ciudad paraguaya de Villa Encarnación que buscaban indígenas a los que acusaban de haber matado su caballo. Al encontrar un grupo reunido en torno al caballo que yacía sin vida, aquellos iniciaron un ataque con armas de fuego que provocó la dispersión de la mayoría y la muerte de dos hombres y una mujer. El relato establecía como desencadenante de la tragedia un hecho con el cual era posible enlazar la representación del salvajismo de quienes faenaban un gliptodonte, según el mural de De Servi, con el de los que ahora hacían lo propio con un caballo. Tres meses más tarde, La Hitte y Kate llegaron al sitio de la matanza y pudieron recobrar

73 Guayaquí era la manera despectiva con la que la literatura etnográfica llamó a ese pueblo. El término significa «ratas de campo». La forma en que se autodenominaban dentro de esa comunidad era con el término «Aché» que significa «los que hablan, las personas».

74 El episodio vivido por La Hitte y la emergencia de la «cuestión guayaquí», ha sido analizado, especialmente a través de los registros fotográficos generados. Véase Martínez, 2012.

75 La Hitte, 1895a.

76 *Idem.*

77 Sardi y Ballestero, 2020.

íntegramente los restos de los indígenas muertos y un conjunto de objetos que les pertenecían. Asimismo, una niña de unos tres o cuatro años, sobreviviente de la masacre, había permanecido al cuidado de los colonos y ahora era objeto de distintas mediciones antropométricas antes de ser dejada al cuidado de la familia del prestigioso médico Alejandro Korn (1860-1936).⁷⁸

En 1897, La Hitte publicó las fotos de su primera expedición en los *Anales del Museo* y a partir de ellas la imagen del supuesto hombre prehistórico se convirtió en una figura icónica.⁷⁹ Poco importó el modo teatral en que se había originado:

Llega por fin el día en que confronté a mi salvaje con el aparato fotográfico. Esa operación a la cual se prestó con docilidad, no dejó por cierto de impresionarlo. Cuando se le despojó del calzoncillo y de su túnica militar que le daban un aspecto grotesco, le pasé alrededor del cuello el pesado collar de dientes, le puse en la cabeza el bonete de piel de tigre, al mismo tiempo que tomaba en las manos el hacha de piedra y la lanza que algunos días antes habían sido encontrados con los cadáveres de sus dos compañeros muertos por los caaguas, cerca del lugar a donde el mismo fue tomado prisionero.⁸⁰

Se había llevado a cabo una nueva «invención de los ancestros»⁸¹ que, a la postre, tendría enormes repercusiones. Aquellas fotos pasaron a circular por diferentes contextos, soportes, formatos, siendo incluidas en publicaciones científicas, manuales escolares y revistas de interés general hasta promediar el siglo XX (Figura 8).⁸² Las fotos acompañaban una idea del destino de inminente extinción que le deparaba a los indígenas, con la que se conformaba el principal incentivo para su estudio:

Los guayaquí pertenecen a la misma formación que el Glyptodon, el Mylodón y la Macrauchenia, que fueron contemporáneos al hombre cuaternario. Sus huesos se pueden encontrar en el suelo pampeano, y ahora el abismo entre los guayaquíes y el

78 Bautizada con el nombre de Damiana, la niña sería luego trasladada al Hospicio de Melchor Romero de La Plata (Korn era su director), donde fue objeto de nuevos estudios antropométricos llevados a cabo ahora por el investigador del Museo de La Plata, Robert Lehmann Nitsche. Poco tiempo después se producía su muerte y comenzaban los estudios de sus restos en el Museo. Sobre el tema, véase Vallejo 2019; Sardi y Ballesteros, 2020.

79 La Hitte y Kate, 1897.

80 La Hitte, 1895b.

81 Esa noción fue utilizada describir los esfuerzos de Morenos, Zeballos y otros naturalistas por atribuir a restos autóctonos una antigüedad mucho mayor que la que resultaron tener a los fines de contribuir al nacionalismo en boga. Quijada, 1998. Quijada, 2004. Navarro Floria, Salgado y Azar, 2004.

82 Martínez, 2012, 104.

hombre moderno es tan profundo que no puede ser llenado: como un grupo separado dentro de la familia humana su desaparición es fatal.⁸³

Aquellos indígenas que, como se creía, debieron haber andado junto a los grandes mamíferos del cuaternario era menester que fueran observados, descritos y clasificados lo antes posible, ya que, tarde o temprano, seguirían el destino de esos animales.⁸⁴ Vale decir, eran una rareza antropológica, puesto que no se había extinguido como debió suceder según la fatal ley del progreso. Por eso se demanda celeridad, recabando la mayor cantidad de datos acerca de estos exponentes de una raza que inexplicablemente seguía viva. La tarea exploratoria en el Paraguay suponía así una carrera contra el tiempo.

FIGURA 8

INDIO GUAYAQUÍ Y, AL FONDO, RUINAS JESUÍTICAS



Fuente: *Anales del Museo de la Plata*, 1897.

83 La Hitte citado por Ballestero, 2014, 101.

84 Ballestero, 2014, 101.

Del resonado descubrimiento de una «raza prehistórica», perdurarían las fotos especialmente acondicionadas según el criterio de un explorador aficionado para lograr la «naturalización del fotografiado»,⁸⁵ y, dentro del Museo, el cuerpo mutilado de aquella niña que sobrevivió a la matanza descrita por La Hitte, en cuya historia como en sus restos solo recientemente pudieron ser ensambladas todas las partes.⁸⁶

Reflexiones finales

Las mismas imágenes del guayaquí fotografiado por La Hitte, con la contextualización de las ruinas jesuíticas de Misiones, podían servir de referencia geográfica para convertirlo en una sinécdoque del aborigen argentino. Después de todo había quienes seguían pensando, como lo había hecho Sarmiento, que la existencia de Paraguay obedecía a un desprendimiento de la Argentina debido a sublevaciones injustificadas, como la causada por una conjunción indígena-jesuítica que la Guerra de la Triple Alianza pudo conjurar. Algo que también alentó, en un emergente nacionalismo territorial, a pugnar por la recreación de lo que antes había sido el Virreinato del Río de la Plata, con la integración a la Argentina de aquellas entidades que lo componían y ahora eran naciones independientes.⁸⁷ Las imágenes de un ancestro común contribuían así a extender los límites de una «comunidad imaginada» aún en construcción.

En este sentido, el racialismo visual permitió alimentar estrategias que particularizaron la forma en que la Argentina iba creando su propia identidad, tras la exitosa empresa de eliminar «la cuestión indígena» del imaginario colectivo.⁸⁸ Podía decirse así que ya había sido resuelta aquella inquietud que en 1883 Sarmiento le transmitió a Moreno al señalarle que era «imposible inocular a una nación con civilización», puesto que nada cambiaría sus defectos, los salvajes no dejarían de serlo y «el hombre civilizado ha nacido; no es hecho».⁸⁹ Si la nación no podía ser civilizada, el dilema se destrababa dejando que la civilización se impusiera sobre la nación. Esto implicaba despejar las instituciones de las razas consideradas refractarias al

85 Martínez, 2012, 117.

86 La cabeza de Damiana había sido enviada para su estudio a Berlín, mientras que el resto del cuerpo permaneció en el Museo de La Plata. Vallejo 2019. Sardi y Ballesteros, 2020.

87 Cavaleri, 2004.

88 Quijada, 2004, 432.

89 Sarmiento, 2001d [1883], 229-230.

progreso, desplazándolas culturalmente a un pasado remoto, para hacerlas reaparecer solo en circunstancias que permitieran su uso en pos de afirmar la nacionalidad. Zeballos destacaría el papel de aquellos seres primitivos en la tarea de abonar la tierra y con sus restos hacer de la Argentina una potencia agrícola: «las llanuras, las pampas, son pues, un inconmensurable cementerio de monstruos, de hombres y de vegetaciones, que las han fecundado, convirtiéndolas hoy en uno de los importantes graneros del mundo». ⁹⁰ En un texto de 1915, Zeballos completó estas argumentaciones con imágenes con las que volvía a ser buscado el establecimiento de una directa relación entre el hombre cuaternario y los indígenas contemporáneos.

La Argentina era esa nación exenta de la «cuestión racial» porque había sido homogeneizada a través de una heteróclita inmigración europea tamizada por el mito del «crisol de razas». Y tras el éxito de esta operación cultural se tramaban aquellas otras que, desde la ciencia, buscaron asignarle un lugar en la prehistoria a las razas eliminadas física y simbólicamente del naciente Estado moderno y civilizado.

Material complementario: anexos

En la edición electrónica de la revista se incluyen los siguientes anexos como material complementario:

- Anexo 1. Plano de La Plata, 1887.
- Anexo 2. Tafa, indígena alacalof, 1906.
- Anexo 3. Rotonda del Museo de La Plata, 1891
- Anexo 4. Vitrinas de la Sala de Antropología, 1891

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1.ª ed. 1983].

Andruchow, Marcela y de Rueda, María, «Arte, ciencia y naturaleza. Los paisajes sobre los dinteles de la rotonda del Museo de La Plata», *Anuario Tarea*, 8,

⁹⁰ Citado en Navarro Floria, Salgado y Azar, 2004, 421.

- San Martín, 2021, 270-297. Disponible en: <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/tarea/article/view/948/2723> [Consultado: 14/08/2022].
- Ballester, Diego, «Los espacios de la antropología en la obra de Lehmann Nitsche, 1894-1938», tesis doctoral dirigida por Irina Podgorny, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2014. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/33505> [Consultado: 24/08/2022].
- Carden, Federico, «Museo de La Plata. Los murales y su entorno», *Museo*, 19:3, La Plata, 2005, 23-29. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/47238> [Consultado: 20/08/2022]
- Cavaleri, Paulo, *La restauración del Virreinato. Orígenes del nacionalismo territorial argentino*, Bernal, Editorial UNQ, 2004.
- Cortina, Alberto y Vucetich, Juan, *La Policía en Sud-América*, La Plata, Talleres Gráficos «La Popular», 1905.
- Farro, Máximo, *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria, 2009.
- Farro, Máximo, «Imágenes de cráneos, retratos antropológicos y tipologías raciales», en Kelly, Tatiana y Podgorny, Irina (eds.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*, Rosario, Prohistoria, 2012, 69-96.
- Fernández Bravo, Álvaro, «Las fronteras de lo humano: fueguinos en las ferias mundiales, 1881-1889», en Di Liscia, María Silvia y Lluch, Andrea (eds.), *Argentina en exposición. Ferias y exhibiciones durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Editorial CSIC, 2009, 85-114.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000 [1.ª ed. 1997].
- Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial UNQ, 1993.
- Gould, Stephen Jay, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 2004 [1.ª ed. ampliada 1997].
- Jitrik, Noé, «Escritura: entre espontaneidad y cálculo», en Jitrik, Noé y Amante, Adriana (eds.), *Historia de la Literatura Crítica Argentina, Vol. IV, Sarmiento*, Buenos Aires, Emecé, 2012, 15-31.
- Jitrik, Noé y Amante, Adriana (eds.), *Historia de la Literatura Crítica Argentina, Vol. IV, Sarmiento*, Buenos Aires, Emecé, 2012.
- Kate, Herman ten, «Materiaux pour servir a l'antropologie des indiens de l'Argentine», *Revista del Museo de La Plata*, XII, La Plata, 1906, 33-41.
- Kelly, Tatiana y Podgorny, Irina (dirs.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*, Rosario, Prohistoria, 2012.
- La Hitte, Charles, «Los indios guayaquíes. En plena selva. El hombre primitivo», *La Nación*, Buenos Aires, 12 de febrero de 1895a.

- La Hitte, Charles, «Los indios guayaquíes. En plena selva. El hombre primitivo», *La Nación*, Buenos Aires, 13 de febrero de 1895b.
- La Hitte, Charles de y Kate, Herman ten, «Antropologie. Notes Ethnographiques sur les Indiens Guayaquis et Descriptio de Leurs Caractères Phyques», *Anales del Museo de La Plata*, II, La Plata, 1897.
- Lopes, Maria Margaret y Murriello, Sandra Elena, «El movimiento de los Museos en Latinoamérica a fines del siglo XIX: el caso del Museo de La Plata», *Asclepio*, 52:2, Madrid, 2005, 203-222. <https://doi.org/10.3989/asclepio.2005.v57.i2.64>.
- Maihle, Alejandra, «¿Legados prestigiosos? La revalorización del sustrato cultural indígena en la construcción identitaria argentina, entre fines del siglo XIX y los años treinta», *Mecila: Working Paper Series*, 23, São Paulo, 2020. <http://dx.doi.org/10.46877/mwps.23.6.2020.mailhe>.
- Martínez, Alejandro, «Los guayaquíes y las discusiones de la antropología a fines del siglo XIX», en Kelly, Tatiana y Podgorny, Irina (eds.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*, Rosario, Prohistoria, 2012, 97-124.
- Monserrat, Marcelo, «La mentalidad evolucionista en la Argentina: una ideología del progreso», en Glick, Thomas; Puig Samper, Miguel A. y Ruiz, Rosaura (eds.), *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Madrid, Doce Calles, 1999, 19-46.
- Moreno, Francisco, «El Museo de La Plata. Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo», *Revista del Museo de La Plata*, I, La Plata, 1891, 27-55.
- Moreno, Francisco, *Reminiscencias*, Buenos Aires, Eudeba, 1979.
- Morosi, Julio, *Los creadores del edificio del Museo de La Plata y su obra*, La Plata, CIC, 2004.
- Navarro Floria, Pedro; Salgado, Leonardo y Azar, Pablo, «La invención de los ancestros. El Patagón antiguo y la construcción de un pasado nacional remoto para la Argentina (1870-1915)», *Revista de Indias*, 231:54, Madrid, 2004, 405-424. <https://doi.org/10.3989/revindias.2004.i231.546>.
- Novoa, Adriana y Levine, Alex, *From Man to Ape. Darwinism in Argentina, 1870-1920*, Chicago and London, The University of Chicago Press, 2010.
- Palma, Héctor, *Las huellas de Darwin en la Argentina*, Buenos Aires, Teseo, 2016.
- Palma, Héctor, *Salvajes y civilizados. Darwin, Fitz Roy y los fueguinos*, Buenos Aires, Biblos, 2020.
- Podgorny, Irina, *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*, Rosario, Prohistoria, 2009.
- Podgorny, Irina y Lopes, María Margaret, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina (1810-1890)*, Rosario, Prohistoria, 2014.
- Quijada, Mónica, «Ancestros, ciudadanos y piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción de la nación argentina», *Estu-*

- dios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 2:9, 1998. Disponible en: https://www.tau.ac.il/eial/IX_2/quijada.html [Consultado: 14/07/2022].
- Quijada, Mónica, «De mitos nacionales, definiciones cívicas y clasificaciones grupales en la construcción nacional argentina, siglos XIX a XXI», en Ansaldi, Waldo (comp.), *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*, Buenos Aires, Ariel, 2004, 425-245.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998 [1.ª ed. 1984].
- Ramos, Laura, *Las señoritas. Historia de las maestras estadounidenses que Sarmiento trajo a la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Lumen, 2021
- Rocca Cortés, Paola, «La fotografía en el siglo XIX. Un enfoque comparatista en la escritura de Sarmiento», *Orbis Tertius*, 7:4, La Plata, 2000, 51-59.
- Rombout, Ton (ed.), *The Panorama Phenomenon: The World Round!*, Den Haag, B.V. Panorama Mesdag, 2006.
- Sardi, Marina y Ballestero, Diego, «Los cuerpos indígenas entre textos y silencios. El caso de una niña Aché», *Asclepio*, 2:72, Madrid, 2020. <https://doi.org/10.3989/asclepio.2020.24>.
- Sarmiento, Domingo F., «El Parque de La Plata», en Sarmiento, Domingo F., *Obras completas*, XXII, La Matanza, UNLM, 2001a, 69-72 [1.ª ed. 1882].
- Sarmiento, Domingo F., «Darwin», en Sarmiento, Domingo F., *Obras completas*, XXII, La Matanza, UNLM, 2001b, 87-107 [1.ª ed. 1882].
- Sarmiento, Domingo F., «Mundos prehistóricos. Viaje aéreo a través del Museo Prehistórico de Moreno. Lectura», en Sarmiento, Domingo F., *Obras completas*, XXII, La Matanza, UNLM, 2001c, 111-118 [1.ª ed. 1882].
- Sarmiento, Domingo F., «Conflictos y armonías de las razas en América. Primera parte», en Domingo Sarmiento F., *Obras completas*, XXXVII, La Matanza, UNLM, 2001d [1.ª ed. 1883].
- Sarmiento, Domingo F., «El Museo de La Plata», en Sarmiento, Domingo F., *Obras completas*, XXII, La Matanza, UNLM, 2001e, 239-241 [1.ª ed. 1885].
- Sarmiento, Domingo F., «El Parque de La Plata», en Sarmiento, Domingo F., *Obras completas*, XXII, La Matanza, UNLM, 2001f, 258-260 [1.ª ed. 1885].
- Sarmiento, Domingo F., «Conflictos y armonías de las razas en América. Segunda parte póstuma», en Sarmiento, Domingo F., *Obras completas*, XXXVIII, La Matanza, UNLM, 2001g [1.ª ed. 1888].
- Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, México, Siglo XXI, 1991 [1.ª ed. 1991].
- Torres, Luis María, *Guía del Museo de La Plata*, La Plata, UNLP, 1927.
- Vallejo, Gustavo, *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y universidad (1882-1955)*, Estudios sobre la ciencia, 49, Madrid, Editorial CSIC, 2007.
- Vallejo, Gustavo, «Figuras culturales de lo nuevo en la ciudad del bosque», en Gorelik, Adrián y Aréas Peixoto, Fernanda (comps.), *Ciudades Sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, 78-95.

- Vallejo, Gustavo, «Darwin y la Divina Comedia. Evolución e imaginación literaria en Buenos Aires (1882-1908)», en Vallejo, Gustavo; Miranda, Marisa; Ruiz, Rosaura y Puig Samper, Miguel Ángel (eds.), *Darwin y el darwinismo desde el sur del sur*, Madrid, Doce Calles, 2018, 245-266.
- Vallejo, Gustavo, «Damiana en la ciudad de Atenea: ciencia, género y raza en Argentina», en Miranda, Marisa (comp.), *«Las locas»: miradas interdisciplinarias sobre género y salud mental*, La Plata, EDULP, 2019, 44-78.
- Zeballos, Estanislao, *Viaje al país de los araucanos*, Buenos Aires, El elefante blanco, 2002 [1.^a ed. 1881].

Recibido, 30 de enero de 2023
Segunda versión, 13 de abril de 2023
Aceptado, 12 de junio de 2023

Sarmiento y el Museo de La Plata: arte, técnica y ciudadanía en la representación de la evolución en la Argentina del giro del siglo XIX al XX*

Sarmiento and La Plata Museum: art, technic and citizenship in the representation of evolution in Argentina at the turn of the 19th to 20th century

Gustavo Vallejo

CONICET, Argentina/1208gvallejo@gmail.com

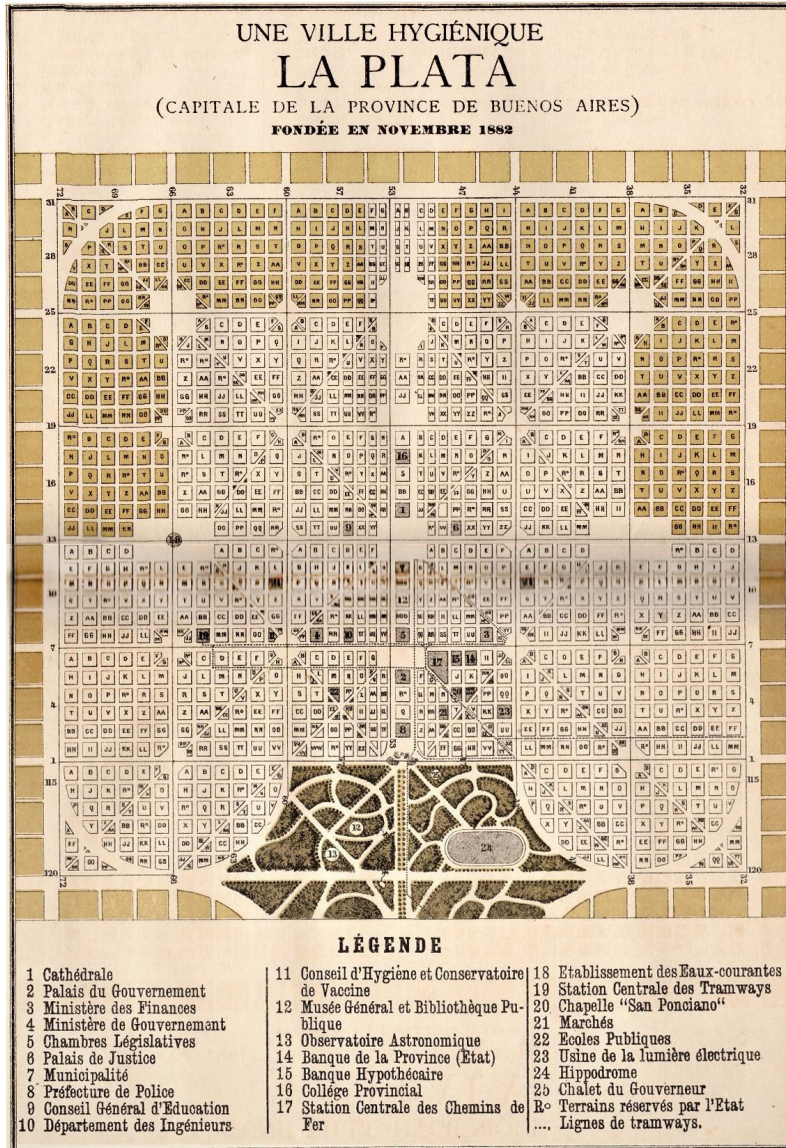
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4730-2455>

Material complementario/ complementary material

ANEXOS/
ANNEXES

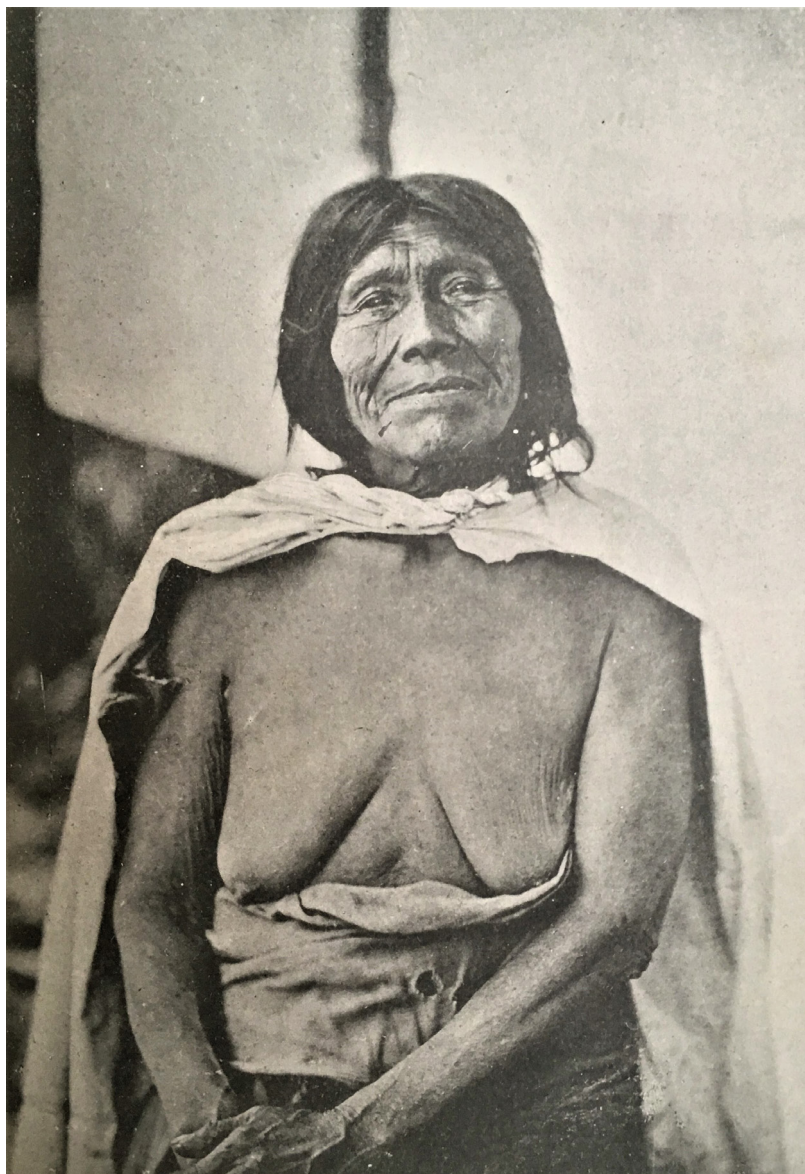
* Este artículo es resultado de los proyectos *Ciencia, racismo y colonialismo visual (Visualra-ce)*, ref. PID2020-112730GB-I00, financiado por MCIN/AEI/ 10.13039/501100011033 y PIP-CONICET 112-202001-00407CO del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

Anexo 1. Plano de La Plata, 1887



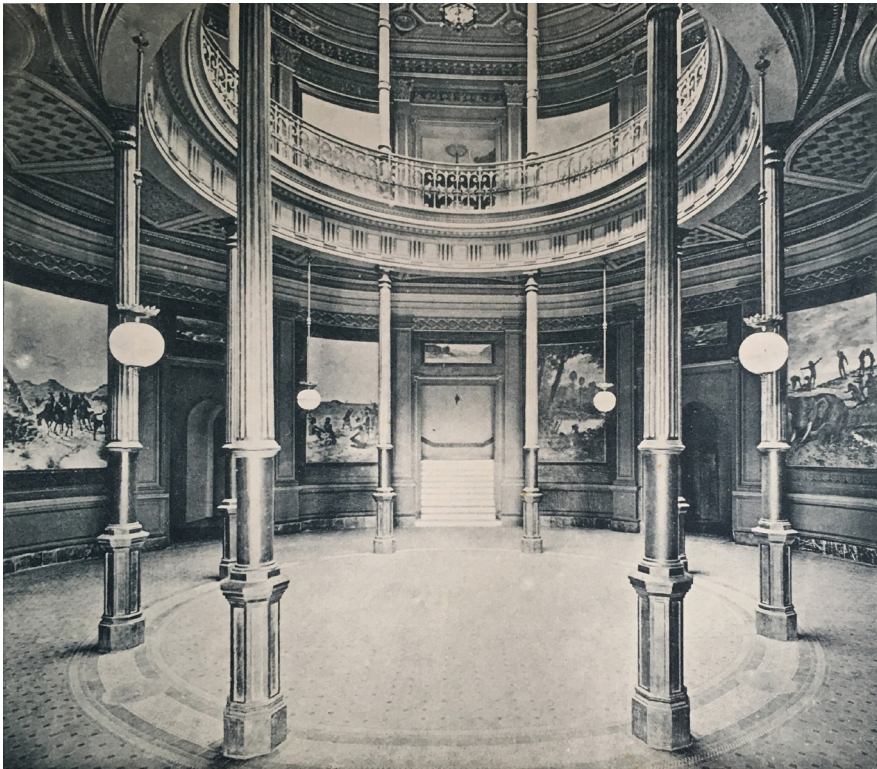
Fuente: Coni, Emilio, *Progrès de l'hygiène dans la République Argentine*, Paris, Bailliere, 1887. Véase en la parte inferior el Paseo del Bosque donde se levantó el Museo de Ciencias Naturales.

Anexo 2. Tafa, indígena alacalof, 1906



Fuente: *Revista del Museo de La Plata*, 12, 1906.

Anexo 3. Rotonda del Museo de La Plata, 1891



Fuente: *Revista del Museo de La Plata*, 1, 1891.

Anexo 4. Vitrinas de la Sala de Antropología, 1891



Fuente: *Revista del Museo de La Plata*, 1, 1891.